

La protesta popular reviste una gran variedad de formas a lo largo del siglo XVIII<sup>(1)</sup>. Una de ellas es el motín de oposición al sistema de reclutamiento para las milicias. Ya sea en París (en 1.743), en Vincennes (en 1.752), o en Barcelona (en 1.773), la multitud se arroja a la calle para expresar con violencia su rechazo a las medidas del gobierno. La derogación de usos comunitarios y la consiguiente agresión a los privilegios consolidados por la costumbre, sirven de detonador para la explosión de la conciencia colectiva. A través del ejemplo de Barcelona en 1.773, con su «aldarull de quintes», podemos establecer las pautas y motivaciones del levantamiento urbano en el contexto de la reacción popular ante el Despotismo Ilustrado.

En la primavera de 1.773 Barcelona es escenario de violentos sucesos. El 4 de Mayo comienza el motín en el centro de la ciudad y, como prolongación del estado de cosas, el 15 de Junio se subleva el barrio de San Cugat. Dos movimientos urbanos conectados por un mismo objetivo: la oposición al ejército y al nuevo método de quintas.

## 1. UN DOCUMENTO INEDITO

El manuscrito n. 281 de la Biblioteca Universitaria de Oviedo lleva por título «PRECAUCIONES CONTRA ALBOROTOS, MOTINES Y REBELIONES EN ESTA PLAZA» y es la fuente documental inédita que utilizamos para el análisis de los sucesos de Barcelona en 1.773. El manuscrito carece de autor y de fecha de redacción pero algunas características de estilo y terminología apuntan hacia una persona integrada en el estamento militar. Confrontadas diversas hipótesis consideramos como más probable autor del manuscrito a D. Juan Antonio de Navia Osorio y Miranda, IV Marqués de Santa Cruz de Marcenado. Y como fecha más probable de redacción la de los años que median entre 1.774 y 1.777<sup>(2)</sup>.

No es ajeno el autor a los hechos que relata. Ha vivido el curso de los acontecimientos en primera línea -»porque hemos visto y tocado los sucesos», escribe - y proyecta elaborar sobre esta praxis inmediata una teoría general de los movimientos populares. De ahí que el manuscrito - inacabado, según el plan del autor - se organice en tres partes o secciones.

La primera parte ofrece una selección de aforismos extraídos de las obras de Tácito y del Marqués de Santa Cruz de Marcenado (las «Reflexiones Militares»), líneas básicas para la construcción de una psicología social, en cuanto pauta de los disturbios y conducta de las multitudes.

«Del genio de los naturales» es el título de la segunda parte, vertebrada entorno a los

sucesos de Barcelona en 1.773 pero buscando su explicación en el contexto de una tradición autóctona de motines y alborotos ocurridos en Cataluña. Para ello recurre a las obras de Saavedra Fajardo, Escolano de Arrieta, Francisco Rioja, Francisco Manuel de Melo, Zurita, Carbonell, Desclot, Feliu de la Penya, Marqués de Santa Cruz de Marcenado y Marqués de San Felipe. Los tumultos de Cataluña son presentados por orden cronológico «según los reynados en que han acaecido» casi como propedeútica de la situación que se origina en la primavera barcelonesa de 1.773, a la que el autor dedica especial atención. Para ilustrar su versión de los hechos, el autor transcribe un total de ocho documentos relacionados con los motivos: representaciones dirigidas a la Corona por la Ciudad, Gremios, Comercio, Procurador General y Personero, y muestras de la correspondencia intercambiada entre el Comandante General y la Ciudad.

La tercera sección, apenas iniciada, quedó sin concluir. Aquí el autor pensaba aplicar las máximas y reglas generales extraídas de la experiencia y práctica, a modo de prontuario, con el fin de atajar y prevenir futuras sediciones.

Queda de manifiesto el doble interés del manuscrito: en primer lugar por tratarse de una descripción directa y de primera mano de lo sucedido en Barcelona, por un espectador bien situado en la sociedad barcelonesa (aunque no «integrado» en ella, como veremos). Y en segundo lugar en cuanto a manual o prontuario de «psicología de masas» dirigido a un mejor control de los «excesos de la plebe».

La utilización de una fuente de esta naturaleza - como cualquier diario o documento personal (2), - presenta una específica problemática. La objetividad del autor queda empañada por una no disimulada antipatía por los catalanes. A ello se suma la distorsión evidente de quien juzga y describe los sucesos desde una óptica de servicio al poder del Estado, en unos años en los que se encumbran al máximo las tendencias políticas regalistas.

Quedan, por otra parte, las afinidades ocultas que pueden ser rastreadas a lo largo del manuscrito. Nuestro autor se mueve dentro de la corriente doctrinal del tacitismo político español. Interesa destacar aquí como la tendencia tacitista - dentro de la doctrina, tan bien estudiada por José Antonio Maravall (4) - se prolonga al siglo XVIII, aunque en menor escala, como es el caso de nuestro autor. El modelo tacitano impregna el estilo del manuscrito y el autor no hace sino discurrir por el camino que ya han recorrido los ilustres Lacina y Alamos de Barrientos. Esto es: revelar los entresijos de la psicología popular, de los procesos subversivos. Aunque, acaso por muerte del autor, la tercera parte o «Aplicación de las Reglas Generales « no llegó a escribirse.

## 2. ORÍGENES DEL MOTÍN. BARCELONA

La oposición a la Quinta General establecida para la primavera de 1.773 actúa como detonante de la rebelión popular. En Cataluña no había milicias obligatorias y era costumbre el servicio de reclutamiento voluntario, en especial para la Infantería Ligera, el Cuerpo de Guardabosques y la guarnición de Rosas. El método de quintas - establecido según las ordenanzas de 1.741, 1.746 y 1.762 - permitía cubrir el cupo de quintos asignados mediante voluntarios que, en parte, eran gratificados por los vecinos de los pueblos. Se evadía así el sorteo y el servicio obligatorio, objetos ambos de un fuerte rechazo popular y con amplias resonancias en la historia más inmediata (5).

La Quinta General de 1.773 no fue bien recibida en muchos pueblos y ciudades de la Monarquía (6), ya por lo oneroso del reparto o por las novedades que se introducían. En cuanto a Cataluña, la insistencia en el reclutamiento por sorteo y con carácter obligatorio, venía a vulnerar los usos y costumbres tradicionales.

Barcelona sirve de punto de encuentro y cauce de la oposición popular que, en principio,

opta por los cauces legales. Así, el 17 de Enero se reúne una junta formada por procuradores de los pueblos y acuerda elevar al Rey - por conducto del ministro de la Guerra - una representación razonada. En ella se solicita el mantenimiento del habitual sistema de servicio voluntario. La Quinta es presentada como impracticables, insistiéndose en los daños que se pueden seguir a la agricultura, industria y comercio, por la falta y deserción de los quintados.

El fracaso de las instancias legales es evidente. La Corona responde con una orden dirigida al Intendente para que se proceda al sorteo. Es el 28 de Febrero. La Junta repite de nuevo su representación al monarca el 17 de Marzo, advirtiéndole de los posibles tumultos que pueden seguirse de la ejecución de la orden. La contundente respuesta del ministerio de la Guerra, el 30 de Marzo, no viene sino a agravar la situación: el Principado de Cataluña es equiparado con las demás provincias del Reino. Pero el afán nivelador de la burocracia borbónica - ensayado con éxito en Guipúzcoa (?) - halla en este caso un grave obstáculo: la reacción airada del pueblo de Barcelona.

### 3. HACIA LA REBELIÓN

La atmósfera creada por las noticias de la Quinta se plasma en diferentes acciones: las conversaciones públicas «perniciosas» que aumentan «la semilla para una futura sedición» y la deserción y ocultación de los jóvenes aptos para el servicio, solteros entre 17 y 36 años. El Comercio de Barcelona - en representación dirigida a la Corona el 8 de Mayo - no duda en estimar en uno veinte mil los mozos desertores. Otros no dudan en pasar a la acción y a lo largo del mes de Marzo se registran noticias de agresiones a los alcaldes y alguaciles que intentan proceder al alistamiento de los mozos en los pueblos vecinos. Pero, con todo, el centro de atención se fija en la Barcelona intramuros, donde los días 15 y 16 de Abril aparecen pasquines «sediciosos... amenazando al Gobierno y anunciando una sublevación». A estos seguirán otros, los días 17 y 18, calificados por nuestro autor de insolentes e infames contra la persona del Rey, en especial el pasquín que se fija en el Borne a mediodía del 18 de Abril.

Como paso previo a la rebelión abierta, la busca de armamento. «A las once de la noche del día 18, cuatro paisanos (el uno con hábitos clericales) insultaron a la centinela de la puerta de Palacio, tirándole a la cara porción de arena y lodo, haciendo diligencia de quitarle el fusil; resistióse el soldado y con un ladrillazo que recibió en la mejilla le derribaron en el suelo, pero volviendo pronto sobre sí les disparó un fusilazo, con lo qual huieron».

Estos incidentes aislados mueven al gobierno a tomar medidas para hacer de inmediato el alistamiento, medición y sorteo de los mozos. El Consistorio de la Ciudad elige, con dificultad, a las personas que forman la comisión de recluta. La resistencia pasiva, en cuanto a obediencia civil, se convierte en norma. Se premia a los prohombres de los Gremios para que hagan las listas de los mozos, pero son muchos los que se niegan a participar pagando así una multa de 200 libras, pero excusándose del odiado trámite. Luego se fija la fecha del 4 de Mayo para la formación de las listas, día en el que los regidores, acompañados de los alcaldes de barrio, han de salir a recorrer las calles.

### 4. LOS SUCESOS

La descripción de los hechos permite ver las huellas del testigo directo, que es el narrador, en el bando de la autoridad (6). El día 4 de Mayo, a las siete de la mañana, alcaldes

y regidores se enfrentan a las iras populares, improprios y pedradas que les obligan a desistir de su empeño, buscando refugio. La multitud amotinada recorre las calles formándose varias cuadrillas con gente armada «con palos, mazos y otros instrumentos ofensivos, de que se surtieron en sus casas y en las de los Carreteros, Torneros y Carpinteros por donde paravan».

Conocido el tumulto, el Comandante General previene a la tropa y pasa orden a los gobernadores de la Plaza, Ciudadela y Monjuch para que actúen si es preciso. Pero los amotinados buscan un objetivo más accesible: la Catedral, desde donde piensan tocar a somatén. Son las nueve de la mañana cuando una cuadrilla ya ha tomado la Catedral, apoderándose de las campanas, «inclusa la grande del Relox, que se oye en los lugares de la Campaña inmediata». Las campanas tocan a rebato. Otras cuadrillas se dirigen a las parroquias y conventos para hacer lo propio, pero no en todas se consigue: «lo que embarazaron con el maior esfuerzo algunos Párrocos y Religiosos».

La mediación del obispo no surte efecto alguno. «Con los sombreros puestos y gritando como si estuviesen en el mercado», oyen las palabras del prelado, persuadiéndoles a la quietud y ofreciendo sus buenos oficios para negociar con el Comandante General «Pero hicieron poco caso de su oración, continuaron el toque de las campanas y decían que no era tiempo de sermones sino de evitar las quintas».

Una cuadrilla de sublevados se dirige a la casa del Sargento Mayor, personaje odiado por su intervención en la recluta de 1.770. El Sargento sufre en la calle las iras de la multitud siendo agredido con palos y piedras, y consigue salvar su vida al ser introducido en la casa de un herrero por «tres hombres honrados». Aunque se intenta el asalto de la casa, se desistirá pronto del empeño, optando por el sitio y vigilancia de sus puertas.

El toque de somatén ha servido para movilizar a los campesinos, «muchos hombres armados con Hoces, Guadañas y otros instrumentos de labor, que eran com en número de ochocientos». Pasadas las nueve de la mañana esta multitud se acerca en tropel al rastrillo de la Ciudadela. La guardia levanta el puente levadizo para impedirles el paso, al tiempo que ocho «ministros del resguardo» toman sus escopetas en el paraje del Registro. Todo está dispuesto. Los sublevados de intramuros «como en número de cinco mil» asaltan la muralla y atacan a los centinelas con el fin de abrir las puertas. «Bajo de la muralla la muchedumbre con intento de forzarla». El ataque se inicia con una lluvia de piedras seguida de algunos disparos de fusil, a lo que responde la guardia con fuego graneado. a la primera descarga los amotinados se retiran «dejando cinco muertos y mal heridos onze».

El segundo frente del ataque se libra en la explanada de la Ciudadela, donde un pelotón de sublevados intenta tomar por asalto la muralla. Una descarga de fusilería, desde las troneras, causa otras dos víctimas mortales, dejando a más de sesenta malheridos, de los que 18 fallecen luego en el hospital. El total de muertos se evalúa en 25 antes del mediodía (9). La multitud dispersa, se agrupa de nuevo en cuadrillas y se dirige al palacio residencia del Comandante General. Aquí se hallan reunidas las autoridades militares, miembros de la Audiencia y algunos regidores. La seguridad del palacio se refuerza mediante una compañía de suizos. Las conversaciones en el interior del palacio giran en torno a las medidas a tomar. El Comandante General O'Connor, es partidario del inmediato castigo y ejecución de los cabecillas del motín, pero su opinión se modera con las propuestas de otras autoridades, que consideran los peligros de una acción de castigo. La reducida guarnición de la plaza y la facilidad con que los rebeldes «podían apoderarse de multitud de armas sin custodia, repartidas por toda la Ciudad» hace necesarias otras precauciones que no provoquen al pueblo. Es también la opinión de esta junta la que hace desistir al Comandante O'Connor en su empeño de pasear a caballo por las calles para tranquilizar a la multitud.

Mientras tanto, la muchedumbre se ha agolpado frente al palacio, gritando consignas y

apedreando los balcones. Ello mueve a O'Connor a publicar un edicto por el que suspende, de forma provisional, las operaciones de reclutamiento. Este edicto será rechazado por los sublevados, alegando que carece de firma y garantías e igual que sucede con otro que el Comandante firma en un balcón a la vista de todos. La Audiencia, por su parte, hace lo propio publicando otro edicto con un contenido similar, al tiempo que el obispo intenta persuadir a los amotinados para que se retiren a sus casas.

Tras el fracaso de las primeras gestiones, se forma una comisión popular que, a instancias del obispo, sube al palacio para negociar. La comisión queda formada por cuatro hombres: un peluquero, un platero, un sastre y un estafiero. Los cuatro suben al palacio y hablando «con desahogo, pidiendo no se les tuviera por cabeza del Motín; manotearon a su estilo natural y descortés y propusieron sus demandas». Terminada la reunión sobre las 12,30 del mediodía, la multitud se dispersó, cesando el toque de campanas.

En las horas inmediatas reinó de nuevo la calma. Esto va a permitir la recogida de las armas y municiones que se hallan en casas de armeros, almacenes y viviendas particulares. Se evalúa en torno a 14.000 los fusiles, carabinas, pistolas y espadas intervenidas que son llevadas a las Atarazanas. A los armeros se les ordena que entreguen al día siguiente las armas que ya tengan concluidas. La artillería de la plaza, de la Ciudadela y del Monjuich se orienta hacia la Ciudad.

No se hubiesen tomada estas medidas precautorias ni no se esperase otra oleada revolucionaria. Y como tal ésta comenzó a gestarse en una asamblea convocada para las cuatro de la tarde en el Convento de Santo Domingo. Nuestro autor estima en unos cinco mil los sediciosos reunidos. Los proyectos que se discuten en esta asamblea suponen diversas acciones violentas: asalto de las cárceles, con liberación de presos, y acto seguido un ataque a las Atarazanas para apoderarse del armamento. No cuentan los sublevados con que los «prohoms» de los Gremios pasan información al Comandante General, en una suerte de doble juego.

Al caer de la noche, una cuadrilla de sublevados acude de nuevo al palacio episcopal. las conversaciones con el obispo no san fruto alguno, convenciéndoles éste para que se retiren regresando al convento. Aquí la situación es tensa, ya que el Vicario General y parte de la comunidad están mediando con los cabecillas para disolver el motín.

Como quiera que el Comandante General amenaza con el uso de la fuerza, desalojando el convento, los «prohoms» consiguen imponer su voz convenciendo a la multitud para una retirada silenciosa. son las diez de la noche cuando esto se consigue. Los prohombres informan de su gestión a O'Connor quien dispone la alerta de la guarnición para toda la noche, el refuerzo de las patrullas y la iluminación de las calles con almenaras de teas encendidas, además de los faroles ya existentes.

Hasta aquí los hechos. El día cinco se da parte a la Corte sobre los sucesos de la jornada anterior: comunicaciones del Comandante General, Gobernador, Intendente, Obispo y Regente. El día ocho hacen lo mismo los representantes de los colegios y gremios, Comercio de Barcelona, Procurador General y Personero. La respuesta de la Corte es concluyente: perdón general, pero quinta rigurosa. Para facilitar esta tarea reciben órdenes tres caballeros catalanes que, a la sazón, se hallan en Madrid. Su llegada a Barcelona, el 25 de Mayo, les permite presenciar un incidente entre paisanos y tropa de guardia en la Puerta del Angel.

La amenaza de un nuevo tumulto se extiende por la Ciudad esa misma noche. El ambiente contra la Quinta es tal «que antes de permitir la habría otra revolución, o se dejarían hacer pedazos». Las proclamas hablan de movilización armada. Se piensa en levantar las piedras de los albañales para impedir las cargas de la caballería. Y, más aún, «si fuera necesario se entregarían a cualquiera potencia que los auxiliase».

Como una sombra, el espíritu de 1.640, se proyecta sobre las negociaciones en las que intervienen los tres comisionados junto con los representantes de los Gremios, síndicos,

regidores y diputados del Común. Como advierte nuestro autor «el Pueblo estaba resuelto a no dejarse alistar aunque fuese unicamente por ceremonia». De ahí que se esboce como solución alternativa la puesta en práctica de un viejo uso foral común a algunos pueblos hispánicos: obedecer y no cumplir (19).

La fórmula pactada y las diligencias de la comisión se mantuvieron en secreto hasta el 6 de Junio, fecha en la que «se divulgó por la Ciudad que todo el Ministerio consistía en sobornar secretamente con diferentes dádivas una porción de mozos para ponerlos en cántaro maiormente separados de otros nombres, y hacer con Arte que en ellos recaiese la suerte cuando llegase la ocasión, así sugirieron a todos los que necesitaban, sacándoles de las casas donde servían y oficios en que se exercitaban, por los intereses, que fueron crecidos y bien pagados».

Parece, en todo caso, que la complicidad del Comandante General facilita las cosas, ya que actúa como si desconociera las resoluciones de la comisión de recluta. El día 10 previene a las tropas en estado de alerta y el día 11 se procede al acto de sorteo de los 29 hombres que corresponden a la Ciudad, con presencia de regidores, síndicos, diputados y párrocos, guardándose el protocolo establecido en la Ordenanza de Quintas. Los nombres de los sorteables fueron elegidos previamente por los comisionados e individuos de los Gremios. A juicio del autor, se trataba de un espectáculo con ribetes de farsa ya que «los mozos, coechados para el fingido sorteo, estaban ya distribuidos por cuadrillas en diferentes tabernas de la Ciudad en donde los Ganchos les visitaban con frecuencia dándoles pródigamente de beber y encargándoles que no se moviesen del puesto hasta que se les avisase».

La representación del falso sorteo - con extracción simulada de cédulas previamente marcadas y separadas - «fue interrumpida muchas veces por rumor y algazara del concurso» y terminó a mediodía «con una descarga completa de silbos y carcajadas». La comisión pasó testimonio al Comandante General sobre los 29 mozos seleccionados y Barcelona esquivó así la odiosa conculcación de su privilegio. Ese mismo día se suspendieron las providencias tomadas para la vigilancia de la plaza y ya no se encendieron almenaras y faroles. La multitud celebró el triunfo de la oscuridad: «empezaron a salir sin luz por las noches y procuraban apagarla a los que iban con ella».

Aún sin pensar en nuevos tumultos, quedaba de manifiesto la posibilidad de una nueva «guerra de sombras» populares contra la luz y la racionalidad de la administración borbónica. De ahí el edicto del Comandante General, el 14 de Junio, dando normas para la iluminación de las calles y de los particulares transeúntes. Las murmuraciones y protestas de los días siguientes fueron creciendo y manifestándose de este modo: «juntábanse al anochecer en la Plaza del Palacio multitud de gentes con faroles que al toque de la retreta encendían todos a un tiempo deteniéndose en corrillos y murmurando de la disposición». Pero este ambiente de pre-motín no llegó a madurar, aunque en la noche del 15 de Julio llegaron a reunirse más de cuatro mil personas con farolillos «algunos pintados con ridículas figuras, que encendieron todos al toque de las nueve y entre el rumor se oían las voces de fuera faroles».

Las medidas represivas tomadas por el Gobernador y la Audiencia los días 16 y 17 fueron suficientes para disuadir a los congregados, ya que se imponía un severo castigo a los que se detuviesen formando corrillos. días después, el 22 de Julio, fué el Comandante quien ordenó «que nadie llevase farol antes de las diez de la noche». Los ecos de la agitación popular se dispersaron.

## 5. LA ASONADA DE SAN CUGAT

Como prolongación de la jornada del 4 de Mayo y del odio contenido entre la población y la tropa, la parroquia y barrio de San Cugat se subleva el 15 de Julio. en este caso, una festividad con resonancias políticas de magnitud - el Corpus - sirve de lugar de encuentro y enfrentamiento. Los sucesos se desarrollan de este modo: tras las procesión del Corpus, los vecinos disponen una cucaña en el campo de la fiesta, y en torno a las siete de la tarde se producen pendencias y disputas en torno al juego. Interviene la tropa (siete soldados y un cabo) para restablecer la calma y se registra un incidente entre un paisano y un soldado. Retirados los soldados se forma una multitud, guiada por algunos alcaldes de barrio, que solicitan la entrega del soldado que ha intervenido en los hechos. En socorro de los soldados acuden varias patrullas, pero son rechazadas por una lluvia de piedras que proceden de los amotinados, unas seis mil personas que gritan «Motín, Motín, contra la tropa y muera la Caballería». Dos soldados resultan con heridas, retirándose las patrullas, por orden del Gobernador, y pasando los alcaldes de barrio a dar cuenta de los hechos.

El barrio queda bloqueado y en las bocacalles se forman trincheras y parapetos utilizando carros, calesas, bancos y maderos. Desde estas posiciones los amotinados tremolan «una especie de bandera blanca con señal del triunfo, gritando Victoria por los catalanes contra la tropa». Sobre las nueve de la noche, el Comandante O'Connor decide presentarse en el barrio con una compañía de granaderos y un carro de faginas embreadas. Los alcaldes de barrio persuaden a los amotinados para que desistan de su actitud, retirando las trincheras, de modo que el motín se disuelve antes de la llegada de las tropas.

## 6. LOS AMOTINADOS

¿ Quienes son los protagonistas del motín ? Resulta difícil dar una respuesta precisa, máxime teniendo en cuenta que no hubo detenciones y, por consiguiente, listas con nombres y profesiones. No obstante, el autor del manuscrito atisba algunos rasgos de esas múltiples «*faces of de Crowd*» que diría Georges Rudé.

En principio, la masa es presentada con un carácter anónimo, genérico ...; «se echaron a la calle quantos hombres y mancebos, aprendices, mugeres y muchachos no hallaron quien los detuviese en las casas o fueron impelidos por los que quedaban en ellas». Pero en el conjunto de esa multitud distingue actitudes: por una parte los que participaron a la fuerza «porque los sediciosos obligaban a unirse a ellos a otros incautos, a quienes llevaba solo la curiosidad»; por otra, los cabecillas, hombres que guían las primeras cuadrillas «cubiertos con máscaras las caras» y que no son, a su juicio, «de la infima plebe». Esta misma observación, genérica, sobre la participación de personas de los estamentos privilegiados, vuelve a repetirse al relatar los sucesos de San Cugat: «entre los amotinados había muchas personas nada vulgares que se distinguían por sus conversaciones y dirigían disposiciones del Gentío». ¿ Hacia quién apunta el autor ?. La división interna del clero, clasista, queda esbozada. Mientras el obispo y una parte de los párrocos intervienen para disolver el motín, en el convento hay otros «que les estimulaban a seguir con empeño el Alboroto». Esta ambigua complicidad se trasluce en velada acusación contra los regidores y «*ciudadans honrats*», ya que muy pocos acuden al palacio del Comandante General «quando se esperaba que en semejante lance no faltase alguno».

Encualquier caso las sospechas de connivencia se extienden. De ahí que los colegios y Gremios se vean obligados a insistir - en su Representación al Rey, del 8 de Mayo - «que las familias de asiento y conocidas de todas clases ... no han sido cómplices en el exceso». Para las corporaciones urbanas es preciso disipar cualquier sombra de duda en cuanto al motín.

La Representación que la Ciudad dirige al Rey el 5 de Mayo, viene a presentar a los amotinados como «una multitud de jóvenes incautos, de muchachos, mugeres, gente mal entrenada». La del Comercio de Barcelona (Representación del 8 de Mayo) reduce la asonada en «algunos centenares de muchachos díscolos, con pocos mozos y algunos hombres de Playa desconocidos y advenedizos». Nada se dice, acerca de la colaboración prestada por los campesinos, cerca de 800 hombres armados, que intentan penetrar en la Ciudad. Ni del apoyo popular, urbano, a los afectados a la Quinta. El autor subraya que entre los heridos «se hallaron hombres casados y algunos que gozaban la excepción de Quintas» y que este odio generalizado hacia la tropa contaba con las simpatías de «sujetos visibles de todas clases y estados».

Los protagonistas, los sujetos más destacados son, en todo caso, individuos de los Gremios. Sin querer presentarse como cabecillas o capitanes del motín, son cuatro artesanos (peluquero, sastre, estañero y platero) los elegidos por la multitud para negociar con las autoridades en la noche del 4 de Mayo. Y en San Cugat los alcaldes de barrio dirigen, encauzan y luego disuelven el movimiento callejero.

## 7. EL PROGRAMA

La movilización de la multitud se consigue mediante consignas y pasquines, rumores que circulan de boca en boca, «conversaciones sediciosas», según nuestro autor. Se expresa luego «con destemplados gritos, ademanes y amenazas» en la plaza del palacio, en la jornada del 4 de Mayo.

Como en todo «mob» popular el ideal del retorno a las buenas y viejas costumbres funciona con los resortes de un mito clásico. De nuevo la «mala administración» que se interpone entre el Rey y los súbditos, culpable y objeto de las iras populares. De modo que no solo se pide la abolición de la Quinta en todo el Principado sino también la exhibición de «las órdenes firmadas del Rey para ejecutarlas». El mito del buen Rey que no tiene acceso a las quejas y representaciones de la Ciudad - y que, por consiguiente no es culpables de la orden de sorteo - queda reflejado en la representación de la Ciudad, el 5 de Mayo, en su solicitud de perdón. Y de esto se hacen eco tanto el Procurador General como el Personero cuando indican que las consignas no eran otras que «Viva el Rey, fuera quintas, todos estamos prestos a sacrificar nuestras vidas por Su Magestad, pero voluntarios».

El retorno al acostumbrado sistema de voluntariado va unido a un doble deseo de perdón y satisfacción: castigo para los soldados y horca «para los ministros del resguardo que hicieron fuego en la Puerta Nueva y Ciudadela contra sus compañeros». El perdón, entienden «sin proceder contra alguno de ellos en los sucesivo».

Furor contra la Quinta como objetivo esencial de la asonada, pero también lugar para otras reivindicaciones. En San Cugat los sublevados proyectan arrancar los azulejos numerados que sirven para identificar los barrios, calles y plazas del vecindario. Y no sólo eso, sino también suprimir el empleo de Alcalde de Barrio rompiendo para ello los libros del Padrón. El recelo contra la administración borbónica y las reformas del régimen local, iniciadas en 1.768, es algo evidente<sup>(1)</sup>. Aunque la paradoja resida en la participación activa de los alcaldes en todos los hechos, forzados acaso y para mantener su autoridad.

El ideal del uso comunitario, la tradición del viejo esquema urbano, con pocas luces y farolas, sin números - luces y números que a la postre, sirven para clasificar, ordenar y vigilar - rebrota en el manantial de la conciencia popular en pugna con el racionalismo ilustrado. Este es el espíritu del motín y su auténtico programa, vehículo de enlace con los tumultos de 1.766 en los diferentes reinos de la Monarquía.

## 8. JUSTIFICACIÓN DE LO SUCESOS

Las autoridades locales unen sus esfuerzos para solicitar el perdón real. Para ello, minimizan la entidad de los hechos, presentando a los amotinados como una parte del pueblo, de la plebe, poco representativa. Pero al tiempo, tratan de justificar los acontecimientos aludiendo a «un espíritu de oposición y casi puede decirse de odio que se ha apoderado de la tropa y paisanage» (Representación de la Ciudad al Cte. General, el 17 de Junio). A esto se une «el imponderable horror con que estos naturales han mirado siempre la sugección a quintas» (Representación de la Ciudad al Rey, el 5 de Mayo). La voluntad de servicio es manifiesta, es el término de «quintas» lo que les ofende, al igual que los términos «rebelión» y «rebeldes» usados por el Comandante General en su informe a la Corona. Para la Ciudad (Repres. al Comandante, el 17 de Junio) no ha estado en el ánimo de los amotinados el tomar las armas y la prueba es que teniéndolas a su disposición no han hecho uso de ellas, salvo algunos «inconsiderados». Los catalanes son buenos vasallos y atienden a los alojamientos de tropas. Sirven en los cuerpos de Infantería Ligera, Ligero de Indias, Real Artillería, y contribuyen con 13.000 matriculados de marina. ¿Porqué no conservar los buenos usos y privilegios que Felipe V concedió a Barcelona permitiéndole la práctica de levás y servicio de voluntarios? Esta es la posición de la Ciudad y Gremios.

Si todas las corporaciones unánimes y conformes insisten en su rechazo a la Quinta, no olvidan - tal y como advierte el Comercio de Barcelona - que los enganches pueden alcanzar un alto precio, como ya sucedió con el reemplazo de 1.771. Pero nada ha de ser comparable a la ruina previsible de la industria y del comercio que vaticinan se seguirá de la Quinta, por lo que están dispuestos a todo, incluyendo las componendas de un sorteo como el celebrado el 6 de Junio.

## 9. REPRESIÓN Y CONSECUENCIAS

No existe de hecho otra represión directa que la que se sigue de la refriega e incidentes en los que mueren 25 personas, resultando otras heridas. Tampoco tenemos noticias de autos de persecución y procesamiento de los participantes ya que, como queda dicho, no hubo detenciones. La necesidad de calmar la tensa situación, sin provocar a la multitud con arrestos o proscripciones, parece estar en el ánimo de las autoridades.

La represión se dirige hacia los símbolos comunitarios, los que han servido de emblemas del motín, cauce de su expresión y de les «antigues consuetuds». Una Providencia de la Corona - fechada el 2 de Julio - ordena el despiece y destrucción de la gran campana del Reloj, en la catedral, usada por los amotinados para llamar a somatén en la jornada del 4 de Mayo. La orden prohíbe el reemplazo de la campana por cualquier otra «y tuvo su cumplimiento en 13 de Agosto, que se hizo publicamente pedazos, con sentimiento del pueblo y de la Ciudad, que tenía el molde prevenido para otra mayor cuio sonido se percibiese de más larga distancia».

Otra Providencia fué mejor recibida: fueron removidos de sus puestos tanto el Comandante General - el irlandés O'Connor - como el Gobernador de la plaza. En lugar del primero se nombró a D. Felipe de Cabanes. Este permitió la celebración de festejos «los días de algunos santos, con Altares, Adornos e iluminación en las calles hasta las diez de la noche», con la finalidad de apaciguar a la multitud y poner fin a las tensiones entre tropa y paisanos.

Pese a todo, la leyenda del motín no pudo ser destruida, como la campana. La transmisión oral de los hechos se extendió por toda Catalunya a través de coplas que «cantaban las criaturas, mugeres y hombres del País en las calles y en las casas». Y el odio

contra la tropa se mantuvo, asomando en incidentes aislados. Acerca de dos sucesos de esta índole, nos facilita el autor algunos datos. El 30 de Enero de 1.774 grupos de muchachos apedrearón a las tropas, rechazando igualmente con piedras a las justicias que acudieron para disolver sus cuadrillas. De esto se siguió la intervención de una patrulla, formada por diez soldados, que consiguió capturar a 23 muchachos. En el camino hacia la cárcel se formó una multitud que apedreó a los soldados, por lo que estos abrieron fuego con resultado de un hombre herido. Al día siguiente fracasaron los intentos de un grupo de paisanos para liberar de la cárcel a los 23 detenidos, pero ya no hubo nuevos incidentes.

la inquina contra la tropa provocó nuevos enfrentamientos los días 21 y 22 de Febrero. Grupos de muchachos apedrearón al centinela de la Plaza de San Francisco. Este pudo retener a un muchacho al «que ató con el portafusil y puso dentro de la garita hasta que vinieron a buscarlo de la Guardia del principal». Pero la solidaridad interclasista frente al «extranjero», la tropa, hizo acto de presencia: «un Caballero del País amenazó a la centinela para que soltase al muchacho diciéndole que, de otra suerte, corría peligro su vida». Para nuestro autor esto «verifica que también en el Cuerpo de la nobleza no faltaba quien se alegrase de los insultos a la tropa cometidos por el Paisanage».

## 10. CONCLUSIONES

Puede hablarse de un cierto éxito del motín a corto plazo, ya que en 1.777 se volvió al sistema tradicional de voluntariado. Lo cual no indica que Cataluña estuviese «desmilitarizada»: en tiempo de paz se estimaba en unos 30.000 hombres los acuartelados en su ámbito geográfico. Y tampoco queda lugar a pensar en un pacifismo a ultranza. Como ha recordado Joan Mercader, la guerra con la Gran Bretaña (1.779-1.783) «demostrà finalment que els catalans no defugien d'allistar-se a l'exèrcit cas de requerir-ho les circumstàncies ... Llavors una bona part dels fadrins desvagats prengué voluntàriament les armes»<sup>(12)</sup>.

¿ De qué se trataba entonces ? Para el autor del manuscrito el perfil psicosocial de la multitud catalana lo prueba todo: «el carácter y genio de estos Nacionales consiste en un amor ciego y desmedido por la libertad, por la independencia y por la novedad». Pero más allá de esto, E. P. Thompson, advierte que en todas las acciones de masas, durante el siglo XVIII, existe «alguna noción legitimizante»<sup>(13)</sup>. En la medida en que la élite capitula ante la administración borbónica, el pueblo parece recoger la bandera de les «anitigües consuetuds». Lucha por conservar los restos de ese largo y prolongado naufragio de las libertades catalanas iniciado en 1.714.

## NOTES

<sup>1</sup> Vid. G. RUDE: Europa en el siglo XVIII. La aristocracia y el desafío burgués. Madrid-1.978 pp. 239-257 (para una tipología del desafío popular). Del mismo autor La multitud en la Historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra. Madrid-1.978; Y.M. BERCE: Revoltes et revolutions dans l'Europe Moderne, XVI-XVIII siècles. Paris.P.U.F. 1.980.; H. KAMEN: «Metodología en el estudio de las rebeliones populares en España» en Actas de las II Jornadas de Metodología y Didáctica de la Historia. Historia Moderna. Universidad de Extremadura. Cáceres-1.983, pp. 311-316.

<sup>2</sup> Las presunciones de autoría y redacción están basadas en los datos que tenemos sobre D. Juan Antonio de Navia Osorio y Miranda, IV Marqués de Santa Cruz de Marcenado. Nacido en 1.744 hace parte de su carrera militar en Barcelona, donde contrae matrimonio, en 1.768, con Da. Ana María de Contreras, Condesa de Alcudia e hija del Marqués de

Grimaldo. Obtiene los empleos de Capitán y Alférez de las Reales Guardias, Coronel de Infantería y Primer Teniente de Granaderos en el Regimiento de la Real Guardia Española de Infantería. Fallece en 1.787. Las múltiples claves de tono y estilo militar que surgen del manuscrito apuntan hacia su persona. Por otra parte, cabe el deseo de emular y continuar una tradición familiar, iniciada por su abuelo, el Marqués de Santa Cruz de Marcenado, el conocido autor de las Reflexiones Militares (Turín-1.724 y París-1.730) o de la Rapsodia Económico-Política-Monárquica (Madrid-1.732). Las repetidas citas de las Reflexiones en la Primera Parte se orientan, sin duda, en el sentido ya apuntado.

En cuanto a la fecha de redacción, es muy posible que haya de situarse entre los años 1.774 y 1.777, en parte porque el autor no hace referencia al restablecimiento del voluntariado en 1.777, lo que, de otro modo, parece natural que hubiese hecho constar en el manuscrito. También cabe pensar que aunque iniciada en esos años la obra haya quedado interrumpida por la muerte del autor en 1.787.

<sup>3</sup> Ken PLUMMER: Los documentos personales. Introducción a los problemas y la bibliografía del método humanista.-Madrid-1.989.

<sup>4</sup> Vid. «La corriente doctrinal del tacitismo político en España» y «Los Comentarios Políticos del tacitista Juan Alonso de Lancina» ambos en J.A. MARAVALL: Estudios de Historia del Pensamiento Español. Serie Tercera. Siglo XVII.- Madrid-1.975 pp.79-107 y 313-331.

<sup>5</sup> Sobre la resistencia popular al servicio obligatorio véase E. ESCARTIN: La Intendencia de Cataluña en el Siglo XVIII. Barcelona-1.974 (Tesis Doctoral) pp.434-447: Ibid. J. DANTI IRIU: «La resistencia popular a Catalunya després del 1.659: el problema dels allotjaments» en Seminario de Aplicaciones Didácticas. Siglo XVII-3-Tarragona-1.984 pp.153-164; J. VIDAL I PLA: «Exèrcit i conflictivitat social. Exemples de resistència al Penedès. Segle XVII»- en Jornades sobre el Barroc català. Girona-1.987.

<sup>6</sup> Puede servir como ejemplo el caso de Asturias. La Junta General del Principado se opone a la Quinta por considerar excesivo el cupo de 283 soldados que se le ha adjudicado. Tras una representación y memorial de agravios, la Corona accede a rebajar el servicio a los 122 hombres que han sido alistados. ARCHIVO GENERAL DEL PRINCIPADO DE ARSTURIAS. Libro-110 fs. 110-113.

<sup>7</sup> En Guipúzcoa el pase foral se halla suspendido desde 1.766 y no se restablecerá a la Provincia en su uso hasta 1.780, mediante RealProvisión del Consejo, de 22 de Diciembre. Vid. R. GOMEZ RIVERO: El pase foral en Guipúzcoa en el siglo XVIII. San Sebastián-1.982 pp.41-53.

<sup>8</sup> Otras descripciones del «avalot de les quintes» en fuentes clásicas, A. DE BOFARULL. Historia Civil y Eclesiástica de Cataluña. Vol. IX, p. 387-390; J. CARRERA PUJAL: La Barcelona del segle XVIII. Barcelona-1952 pp.69-70: Ibid. CARRERA PUJAL: Historia Política y Económica de Cataluña.- II pp. 447-448; J. MERCADER: Els Capitans Generals. Segle XVIII. Barcelona-1.980 pp. 108-110.

<sup>9</sup> Las cifras de nuestro autor no concuerdan con las que ofrecen la Ciudad, Personero y Procurador General en sus representaciones. la Ciudad evalúa en dos los muertos a balazos y en 11 los heridos. El Procurador General y el Personero mencionan un muerto y 12 heridos de los que uno y a dan por fallecido, siendo el resto heridos graves.

<sup>10</sup> Sobre la práctica de «obedecer y no cumplir» véase B. GONZALEZ ALONSO: «La fórmula obedécese pero no se cumpla» en Anuario de Historia del Derecho Español. T-L (1.980) pp.469-487).- Para el caso de Asturias, A. MENENDEZ GONZALEZ: Elite y Poder. La Junta General del Principado de Asturias, 1.594-1.808.-Oviedo-1.990.

<sup>11</sup> Vid. J. GUILLAMON: Las reformas de la Administración Local durante el reinado de Carlos III.- Madrid-1.980. Sobre el caso de Barcelona vid. pp. 316-319. En un informe de la audiencia de Cataluña, en 1.782, la Sala advierte sobre la escasa concurrencia de votantes a las elecciones de alcaldes de barrio: «cuando no tienen algún interés particular

y vicioso que les mueva a formar partido, lo que sucede más frecuentemente en los alcaldes de barrio y no tanto en los electores de diputados y personeros del Común» (Id. pp. 317-318).

<sup>12</sup> Joan MERCADER: Els Capitans Generals. Segle XVIII. Barcelona-1.980. p. 110.

<sup>13</sup> E. P. THOMPSON: «La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII» en Revista de Occidente, n. 133 (1.974) p.56.